Anatole France

EL PROCURADOR DE JUDEA



Título original: «Le Procuratéur de Judée»; publicado en *Le Temps* del 25 de diciembre de 1891 (con el título «Conte pour le jour de Noël») y en 1892, dentro de la obra *El estuche de nácar* (*L'étui de nacre*)
Trad.: I.-X. Adiego

L. ELIO LAMIA, nacido en Italia de padres ilustres, no había dejado aún la vestimenta pretexta, cuando fue a estudiar filosofía en las escuelas de Atenas. Permaneció después en Roma y llevó, en su casa de las Esquilias, entre jóvenes disolutos, una vida voluptuosa. Pero, acusado de mantener relaciones criminales con Lépida, mujer de Sulpicio Quirino, personaje consular, y reconocido culpable, fue exilado por Tiberio César. Comenzaba a la sazón sus veinticuatro años. Durante los dieciocho años que duró su exilio, recorrió Siria, Palestina, Capadocia, Armenia, y realizó largas estancias en Antioquía, en Cesarea, en Jerusalén. Cuando, tras la muerte de Tiberio, Gayo fue elevado al Imperio, Lamia consiguió regresar a la Ciudad; recobró incluso una parte de sus bienes. Sus desdichas lo habían vuelto sabio.

Evitó todo comercio con las mujeres de condición libre, no aspiró a los empleos públicos, se mantuvo alejado de los honores y vivió escondido en su casa de las Esquilias. Poniendo por escrito lo que había visto como destacable en sus lejanos viajes, hacía de sus penas pasadas, decía, el entretenimiento de las horas presentes. Se encontraba en medio de estas apacibles tareas y en la meditación asidua

de los libros de Epicuro cuando, con un poco de sorpresa y algún pesar, vio llegar la vejez. A sus setenta años, atormentado por un catarro bastante incómodo, marchó a tomar las aguas de Bayas. Este río, antes grato a los alciones, era entonces frecuentado por los romanos ricos y ávidos de placeres. Desde hacía una semana, Lamia vivía sólo y sin amigo entre su brillante muchedumbre, cuando, un día, después de comer, sintiéndose ágil, le sobrevino la fantasía de trepar por las colinas que, cubiertas de pámpanos como las bacantes contemplan las olas.

Habiendo alcanzado la cima, se sentó al borde de un sendero, bajo un terebinto, y dejó errar su vista por el bello paisaje. A su izquierda se extendían lívidos y desnudos los campos Flegreos hasta las ruinas de Cumas. A su derecha el cabo Miseno hundía su espolón afilado en el mar Tirreno. Bajo sus pies, hacia occidente, la rica Bayas, siguiendo la curva graciosa del río, desplegaba sus jardines, sus villas pobladas de estatuas, sus pórticos, sus terrazas de mármol, al borde del mar azul donde jugaban los delfines. Ante él, desde el otro lado del golfo, sobre la costa de Campania, dorada por el sol ya bajo, brillaban los templos, que coronaban a lo lejos unos laure-

les del Pausilipo, y en las profundidades del horizonte reía el Vesubio.

Lamia sacó de un pliegue de su toga un rollo que contenía el *Tratado sobre la naturaleza*, se extendió en el suelo y comenzó a leer. Pero los gritos de un esclavo le avisaron de que se levantara para dejar paso a una litera que subía el estrecho sendero de las viñas. Como la litera se aproximaba completamente abierta, Lamia vio, extendido sobre los cojines, un anciano de una vasta corpulencia que, llevando la mano a la frente, miraba con ojos sombríos y arrogantes. Su nariz aguileña descendía sobre sus labios, que apretaban un mentón preeminente y unas mandíbulas poderosas.

Desde el primer momento, Lamia estuvo seguro de conocer ese rostro. Dudó un momento en llamarlo. Después, de repente, lanzándose hacia la litera con un movimiento de sorpresa y de alegría:

"¡Poncio Pilato!, exclamó, ¡gracias a los dioses, me ha sido dado volverte a ver! »

El anciano, dando una señal a los esclavos para que se detuvieran, clavó una atenta mirada sobre el hombre que le saludaba.

"Poncio, mi querido anfitrión, prosiguió éste, veinte años han blanqueado mis cabellos

y ajado mis mejillas lo suficiente como para que ya no reconozcas a tu Elio Lamia. »

Al oír este nombre, Poncio Pilato descendió de la litera tan rápidamente como se le permitían la fatiga de su edad y la seriedad de su porte. Y abrazó dos veces a Elio Lamia.

“Ciertamente, es para mí un placer volverte a ver, dijo. ¡Ay! me recuerdas los días antiguos, cuando yo era procurador de Judea, en la provincia de Siria. Hace treinta años que te vi por primera vez. Era en Cesarea, donde te disponías a arrastrar las molestias del exilio. Fui bastante feliz de suavizarlas un poco, y, por amistad, Lamia, me seguiste a esa triste Jerusalén donde los judíos me abrumaron de amargura y de fastidio. Permaneciste durante más de diez años como mi huésped y mi compañero, y ambos, hablando de la Ciudad, nos consolábamos juntos, tú de tus desgracias, yo de mis grandezas. »

Lamia lo abrazó de nuevo.

“Tú no cuentas todo, Poncio: no recuerdas que hiciste uso en mi favor de tu crédito ante Herodes Antipas y que me abriste tu bolsa con generosidad. »

-No hablemos de esto, respondió Poncio, puesto que, desde tu regreso a Roma, me enviaste por uno de tus libertos una suma de

plata que me pagaba con creces.

Poncio, no me considero libre de deudas contigo por una suma de plata. Pero respóndeme: ¿los dioses han colmado tus deseos? ¿Disfrutas de toda la felicidad que mereces? Háblame de tu familia, de tu fortuna, de tu salud.

-Retirado en Sicilia, donde poseo tierras, cultivo y vendo mi trigo. Mi hija mayor, mi muy querida Poncia, que se ha quedado viuda, vive conmigo y gobierna mi casa. He guardado, gracias a los dioses, el vigor del espíritu; mi memoria no se ha debilitado, Pero la vejez no llega sin un largo cortejo de dolores y de achaques. Estoy cruelmente atormentado por la gota. Y me ves a esta hora yendo a buscar por los campos Flegreos un remedio para mis males. Esta tierra ardiente, de donde, por la noche, se escapan llamas, exhala acres vapores de azufre que, dicen, calman los dolores y devuelven la flexibilidad a las articulaciones de los miembros. Al menos lo aseguran los médicos.

-¡Ojalá puedas comprobarlo tu mismo, Poncio! Pero, pese a la gota y a sus ardientes mordeduras, apenas pareces de mi misma edad, aunque en realidad me llevas diez años. Ciertamente, has conservado más vigor del que

yo haya tenido nunca, y me alegro de volverte a encontrar tan robusto. ¿Por qué, mi muy querido amigo, has renunciado antes de tiempo a los cargos públicos? ¿Por qué, al salir de tu gobierno de Judea, has vivido en tus dominios de Sicilia en un exilio voluntario? Infórmame de tus actividades a partir del momento en que yo he dejado de ser testigo de ellas. Te preparabas a reprimir una revuelta de los samaritanos cuando yo marché hacia Capadocia, donde yo esperaba sacar algún provecho de la cría de caballos y de mulos. No te he vuelto a ver desde entonces. ¿Cuál fue el resultado de esta expedición? Infórmame, habla. Todo lo que te atañe me interesa."

Poncio Pilato sacudió tristemente la cabeza.

"Una preocupación natural, dijo, y el sentimiento del deber me han llevado a desempeñar las funciones públicas no sólo con diligencia, sino incluso con amor. Pero el odio me ha perseguido sin tregua. La intriga y la calumnia han roto mi vida en plena savia y secado los frutos que ella debía madurar. Me preguntas sobre la revuelta de los samaritanos. Sentémonos sobre este cerro. Voy a responderte en pocas palabras. Estos acontecimientos los tengo tan presentes como si se hubie-

ran producido ayer.

"Un hombre de la plebe, poderoso con la palabra, como ocurre con frecuencia en Siria, persuadió a los samaritanos de que se juntaran en armas sobre el monte Gazim, que pasa en este país por ser un lugar santo, y prometió que descubriría a sus ojos los vasos sagrados que un héroe epónimo, o más bien un dios indigete, llamado Moisés, había ocultado, en los tiempos antiguos de Evandro y de Eneas, nuestro padre. Con esta promesa, los samaritanos se sublevaron. Pero advertido a tiempo para prevenirlos, hice ocupar la montaña por destacamentos de infantería y coloqué jinetes para vigilar los accesos.

"Estas medidas de prudencia eran urgentes. Los rebeldes asediaban ya el pueblo de Tirataba, situado al pie del Gazim. Los dispersé fácilmente y sofoqué la revuelta apenas formada. Después, para dar un gran escarmiento con pocas víctimas, entregué al suplicio a los jefes de la sedición. Pero ya sabes, Lamia, en qué estrecha subordinación me tenía el procónsul Vitelio que, gobernando Siria no para Roma, sino contra Roma, consideraba que las provincias del Imperio se entregan como arrendamientos a los tetrarcas. Los principales de los samaritanos fueron a sus

pies a llorar por odio hacia mí. Si se les escuchaba, nada estaba más lejos de su intención que desobedecer a César. Yo era un provocador, y si se habían reunido en torno a Tiratába era para resistir a mis actos de violencia. Vitelio oyó sus quejas y, confiando sus asuntos de Judea a su amigo Marcelo, me ordeno que fuera a justificarme ante el emperador. Con el corazón lleno de dolor y de resentimiento, me hice a la mar. Cuando yo atracaba en las costas de Italia, Tiberio, gastado por la edad y el Imperio, murió súbitamente en el cabo Miseno cuya punta se ve desde aquí prolongarse en la bruma de la tarde. Pedí justicia a Gayo, su sucesor, que tenía un espíritu vivo por naturaleza y conocía los asuntos de Siria. Pero maravíllate conmigo, Lamia, de la injuria de la fortuna obstinada en perderme. Gayo retenía entonces cerca suyo, en la Ciudad, al judío Agripa, su compañero, su amigo de la infancia, a quien quería más que a sus ojos. Ahora bien, Agripa favorecía a Vitelio porque Vitelio era el enemigo de Antipas, a quien Agripa perseguía con su odio. El emperador siguió el sentimiento de su amigo asiático y rechazó incluso oírme. Me vi obligado a permanecer bajo el golpe de una desgracia inmerecida. Devorando mis

lágrimas, lleno de hiel, me retiré a mis tierras de Sicilia, donde hubiera muerto de dolor si mi dulce Poncia no hubiera venido a consolar a su padre. He cultivado el trigo y he hecho crecer las más abundantes espigas de toda la provincia. Hoy mi vida está hecha. El futuro juzgará entre Vitelio y yo.

-Poncio, respondió Lamia, estoy convencido de que actuaste con los samaritanos de acuerdo con la rectitud de tu espíritu y por el interés único de Roma. Pero ¿no obedeciste en esta ocasión demasiado a ese coraje impetuoso que siempre te arrastraba? Ya sabes que, en Judea, aun cuando, por ser yo más joven que tú, debiera ser más ardiente, me vi con frecuencia en la tesitura de aconsejarte clemencia e indulgencia.

-¡Indulgencia hacia los judíos! gritó Poncio Pilato. Aunque has vivido con ellos, conoces mal a esos enemigos del género humano. Arrogantes y viles a la vez, uniendo una cobardía ignominiosa a una obstinación invencible, agotan igualmente el amor y el odio. Mi espíritu se ha formado, Lamia, sobre las máximas del divino Augusto. Ya cuando fui nombrado procurador de Judea, la majestad de la paz romana envolvía la tierra. Ya no se veía, como en la época de nuestras discordias

civiles, a los procónsules enriquecerse con el saqueo de las provincias. Yo conocía mi deber. Estaba presto a no emplear más que la cordura y la moderación. Los dioses me sirven de testigos: yo no estaba obstinado más que por la indulgencia. ¿De qué me han servido estas ideas benevolentes? Tú me viste, Lamia, cuando, al comienzo de mi gobierno, estalló la primera revuelta. ¿Hace falta que te recuerde las circunstancias? La guarnición de Cesarea había marchado para ocupar sus cuarteles de invierno a Jerusalén. Los legionarios llevaban sobre sus enseñas las imágenes de César. Esta visión ofendió a los hierosolimitas, que no reconocían la divinidad del emperador, como si, ya que es necesario obedecer, no fuese más honorable obedecer a un dios que a un hombre. Los sacerdotes de la nación vinieron ante mi tribunal para rogarme con una humildad altanera que hiciera llevar las enseñas fuera de la Ciudad santa. Me negué a ello por respeto a la divinidad de César y la majestad del imperio. Entonces la plebe, uniéndose a los sacerdotes, hizo que se oyeran en torno al pretorio súplicas amenazantes. Ordené a los soldados que formaran las picas en haces ante la torre Antonia y que fueran, armados con varas, como los lictores, a

dispersar esa muchedumbre insolente. Pero insensibles a los golpes, los judíos me conjuraban aún, y los más obstinados, echándose al suelo, estiraban el cuello y se dejaban morir bajo las varas. Tú fuiste entonces testigo de mi humillación, Lamia. Por orden de Vitelio, hube de volver a enviar mis enseñas a Cesarea. Evidentemente, yo no me merecía esta vergüenza. Ante los dioses inmortales, juro que no he ofendido una sola vez, en mi gobierno, a la justicia y a las leyes. Pero soy viejo. Mis enemigos y mis delatores han muerto. Moriré sin ser vengado. ¿Quién defenderá mi memoria? »

Gimió y se calló. Lamia respondió:

"Es prudente no depositar ni temor ni esperanza en el incierto futuro. ¿Qué importa lo que los hombres pensarán de nosotros? No tenemos otros testigos y jueces que nosotros mismos. Afírmate, Poncio Pilato, en el testimonio que te rindes de tu virtud. Conténtate de tu propia estima y de la de tus amigos. Por lo demás, no se gobiernan los pueblos sólo con la indulgencia. Esa caridad del género humano que aconseja la filosofía tiene poca parte en las acciones de los hombres públicos.

-Dejemos eso, dijo Poncio. Los vapores de azufre que se desprenden de los campos

Flegreos tienen más fuerza cuando salen de la tierra aún calentada por los rayos de sol. Conviene que me apresure. Adiós. Pero, ya que reencuentro a un amigo, voy a sacar provecho de esta buena suerte. Elio Lamia, concédeme el favor de venir a cenar mañana a mi casa. Está situada sobre la orilla del mar, en el extremo de la ciudad, del lado de Miseno. La reconocerás fácilmente por el pórtico, en el que se ve una pintura que representa a Orfeo entre los tigres y los leones que hechiza con los sonidos de su lira.

“Hasta mañana, Lamia, dijo aún mientras subía en su litera. Mañana conversaremos sobre Judea. »

Al día siguiente, Lamia se dirigió, a la hora de cenar, hacia la casa de Poncio Pilato. Sólo dos lechos esperaban a los comensales. Servida sin fasto, pero honorablemente, la mesa aguantaba platos de plata en los que estaban preparados becafigos con miel, tordos, ostras de Lucrino y lampreas de Sicilia. Poncio y Lamia, mientras comían, se preguntaron uno al otro sobre sus enfermedades, cuyos síntomas describieron largamente, y se hicieron saber mutuamente diferentes remedios que se les había recomendado. Después, felicitándose por haberse reunido en

Bayas, porfiaron por alabar la belleza de esa ribera y la suavidad del día que allí se respiraba. Lamia celebró la gracia de las cortesanas que paseaban por la playa, cargadas de oro y arrastrando velos bordados en países bárbaros. Pero el viejo procurador lamentaba una ostentación que, para unas piedras vanas y unas telas de araña tejidas por la mano del hombre, hacía que el dinero romano pasase a pueblos extranjeros e incluso a los enemigos del Imperio. Dieron después en hablar de las grandes obras realizadas en la región, de aquel puente prodigioso levantado por Gayo entre Putéolos y Bayas y de aquellos canales abiertos por Augusto para verter las aguas del mar en los lagos Averno y Lucrino.

"Yo también, dijo Poncio suspirando, he querido emprender grandes obras de utilidad pública. Cuando recibí, para mi desgracia, el gobierno de Judea, tracé el proyecto de un acueducto de doscientos estadios que había de llevar a Jerusalén aguas abundantes y puras. Altura de los niveles, capacidad de los módulos, oblicuidad de los cálices de bronce a los que se adaptan los tubos de distribución, yo lo había estudiado todo y, con el consejo de los maquinistas, lo había resuelto todo yo mismo. Preparaba un reglamento para la policía de las

aguas, con el fin de que ningún particular pudiese realizar tomas ilícitas. Los arquitectos y los obreros estaban encargados. Ordené que comenzasen los trabajos. Pero, lejos de ver alzarse con satisfacción este camino que, sobre arcos poderosos, había de llevar la salud con el agua a su ciudad, los hierosolimitas lanzaron alaridos lamentables. Reunidos en masa, clamando contra el sacrilegio y la impiedad, se abalanzaban sobre los obreros y dispersaban las piedras de los cimientos. ¿Puedes concebir, Lamia, unos bárbaros más inmundos? Sin embargo, Vitelio les dio la razón y yo recibí la orden de interrumpir las obras.

-Es una gran pregunta, dijo Lamia, saber si se ha de hacer felices a los hombres a su pesar.»

Poncio Pilato prosiguió sin oírle:

"¡Rechazar un acueducto, qué locura! Pero todo lo que viene de los romanos es odioso para los judíos. Somos para ellos seres impuros y nuestra sola presencia les supone una profanación. Ya sabes que no se atrevían a entrar en el pretorio por miedo a mancharse y que yo tenía que ejercer la magistratura pública en un tribunal al aire libre, sobre aquel pavimento de mármol donde tu pusiste tantas

veces el pie.

“Nos temen y nos desprecian. Sin embargo, ¿no es Roma la madre y la nodriza de los pueblos que, como los niños, reposan y sonríen todos sobre su seno venerable? Nuestras águilas han llevado hasta los límites del universo la paz y la libertad. No viendo más que amigos en los vencidos, dejamos, aseguramos a los pueblos conquistados sus costumbres y sus leyes. ¿Acaso Siria, antaño desgarrada por una multitud de reyes, no empezó a disfrutar de calma y de horas prósperas justo solamente desde que Pompeyo la sometió? Y cuando Roma podía vender sus beneficios a precio de oro, ¿ha robado los tesoros de los que rebosan los templos bárbaros? ¿Ha expoliado la diosa Madre en Pesinunte, Júpiter en Morimena y en Cilicia, el dios de los judíos en Jerusalén? Antioquía, Palmira, Apamea, tranquilas pese a sus riquezas y sin temer ya a los árabes del desierto, elevan templos al Genio de Roma y a la Divinidad de César. Únicamente los judíos nos odian y nos desafían. Hay que arrancarles el tributo, y rechazan obstinadamente el servicio militar.

-Los judíos, respondió Lamia, están muy aferrados a sus antiguas costumbres. Sospechaban, sin razón, estoy de acuerdo en esto,

que tú querías abolir su ley y cambiar sus tradiciones. Permíteme, Poncio, que te diga que no siempre has actuado de un modo que disipara su desgraciado error. Te gustaba, aun a tu pesar, excitar sus inquietudes, y yo te he visto más de una vez traicionar ante ellos el desprecio que te inspiraban sus creencias y sus ceremonias religiosas. Los vejabas particularmente al hacer guardar por los legionarios, en la torre Antonia, los hábitos y los ornamentos del gran sacerdote. Hay que reconocer que, sin haberse elevado como nosotros hasta la contemplación de las cosas divinas, los judíos celebran misterios venerables por su antigüedad. »

Poncio Pilato encogió los hombros;

"No tienen, dijo, un conocimiento exacto de la naturaleza de los dioses. Adoran a Júpiter, pero sin darle nombre ni figura. No lo veneran ni siquiera bajo la forma de una piedra, como hacen ciertos pueblos de Asia. No saben nada de Apolo, de Neptuno, de Marte, de Plutón, ni de ninguna diosa. Sin embargo, creo que adoraron antiguamente a Venus. Pues aún hoy en día las mujeres presentan ante el altar palomas como víctimas y tú sabes como yo que los mercaderes, instalados bajo los pórticos del Templo, venden parejas de estas aves para el

sacrificio. Incluso se me informó, cierto día, que un loco acababa de volcar con sus cajas a estos vendedores de ofrenda. Creo que esta práctica de sacrificar tórtolas fue establecida en honor de Venus. ¿De qué te ríes, Lamia?

-Me río, dijo Lamia, de una idea extravagante que, no sé cómo, me ha pasado por la cabeza. Pensaba que un día el Júpiter de los judíos podría muy bien llegar a Roma y perseguirte allí con su odio. ¿Por qué no? Asia y África nos han dado ya un gran número de dioses. Hemos visto levantarse en Roma templos en honor de Isis y del ladrador Anubis. Encontramos en las encrucijadas y hasta en las carreteras a la Buena Diosa de los sirios, transportada sobre un asno. ¿Y no sabes que, bajo el principado de Tiberio, un joven caballero se hizo pasar por el Júpiter cornudo de los egipcios y obtuvo bajo este disfraz los favores de una dama ilustre, demasiado virtuosa para negar algo a los dioses? ¡Teme, Poncio, que el Júpiter invisible de los judíos desembarque un día en Ostia! »

Ante la idea de que un dios pudiese llegar de Judea, una rápida sonrisa se deslizó sobre el rostro severo del procurador. Después respondió seriamente:

"¿Cómo impondrían los judíos su ley

santa a los pueblos de fuera, cuando ellos mismos se desgarran entre sí por la interpretación de esa ley? Divididos en veinte sectas rivales, tú los has visto, Lamia, en las plazas públicas, con sus rollos en la mano, injuriándose unos a otros y estirándose de la barba: los has visto, en el estilóbato del templo, rasgar en señal de aflicción sus mugrientas ropas alrededor de algún desgraciado presa del delirio profético. No conciben que se discuta en paz, con un espíritu sereno, sobre cosas divinas que, sin embargo, están cubiertas de velos y llenas de incertidumbre. Pues la naturaleza de los Inmortales nos resta oculta y no podemos conocerla. Pienso, sin embargo, que es prudente creer en la Providencia de los dioses. Pero los judíos no tienen filosofía y no soportan la diversidad de opiniones. Por el contrario, juzgan dignos del último suplicio a aquellos que profesan sobre la divinidad sentimientos contrarios a su ley. Y, como desde que el Genio de Roma está sobre ellos, las sentencias capitales pronunciadas por sus tribunales no pueden ser ejecutadas más que con la sanción del procónsul o del procurador, acucian en todo momento al magistrado romano para que suscriba sus funestos decretos; ponen sitio al pretorio con sus gritos

de muerte. Cien veces los he visto, en masa, ricos y pobres, reconciliados todos en torno a sus sacerdotes, asediar furiosos mi silla de marfil y estirarme de los faldones de mi toga, de las correas de mis sandalias, para reclamar, para exigir de mí la muerte de algún desgraciado cuyo crimen yo no podía discernir y a quien yo creía simplemente tan loco como sus acusadores. ¡Qué digo, cien veces! Era todos los días, a todas horas. Y, sin embargo, tenía que hacer cumplir su ley como la nuestra, ya que Roma me instituyó no como destructor, sino como apoyo de sus costumbres, y para que fuera sobre ellos las varas y el hacha. En los primeros tiempos, intenté hacerlos entrar en razón: procuraba arrancar del suplicio a sus desgraciadas víctimas. Pero esta indulgencia les irritaba aún más; reclamaban su presa agitando el ala y el pico a mi alrededor como buitres. Sus sacerdotes escribían a César diciéndole que yo violaba su ley, y sus súplicas, apoyadas por Vitelio, me ocasionaron una severa reprimenda. ¡Cuántas veces tuve ganas de enviar a los acusados y a los jueces juntos, como dicen los griegos, a los cuervos!

"No creas, Lamia, que alimento rencores impotentes y cóleras seniles contra ese pueblo que ha vencido en mí a Roma y la paz. Pero

preveo la situación extrema a la que nos reducirán más pronto o más tarde. Al no poder gobernarlos, habrá que destruirlos. No lo dudes; siempre insumisos, incubando la rebelión en su alma enardecida, harán estallar un día contra nosotros un furor ante el que la cólera de los númidas y las amenazas de los partos no son más que caprichos de niño. Alimentan en la sombra esperanzas insensatas y meditan locamente nuestra ruina. ¿Acaso puede ser de otro modo, puesto que esperan, a la fe de un oráculo, el príncipe de su sangre que ha de reinar sobre el mundo? No se logrará vencer a ese pueblo. Conviene que ya no exista. Hay que destruir Jerusalén de arriba abajo. Tal vez, por muy viejo que sea, me será dado ver el día en que caerán sus murallas, en que la llama devorará sus casas, en que sus habitantes serán pasados por el filo de la espada, en que se sembrará la sal en el lugar donde estuvo el templo. Y ese día se me hará por fin justicia. »

Lamia se esforzó en reconducir la conversación hacia un tono más suave.

"Poncio, dijo, me explico sin esfuerzo tanto tus viejos resentimientos como tus presentimientos siniestros. Evidentemente, lo que has conocido del carácter de los judíos no

dice nada bueno en su favor. Pero yo, que vivía en Jerusalén, curioseando, y que me mezclaba con el pueblo, he podido descubrir entre esos hombres virtudes oscuras, que te fueron ocultadas. He conocido a judíos llenos de indulgencia, cuyas costumbres sencillas y corazón fiel me recordaban lo que nuestros poetas han dicho del anciano de Ebalia. Y tú mismo, Poncio, has visto expirar bajo la porra de tus legionarios a hombres simples que, sin decir su nombre, morían por una causa que creían justa. Hombres así no merecen nuestro desprecio. Hablo de este modo porque conviene guardar en todas cosas la mesura y la equidad. Pero reconozco que nunca he experimentado por los judíos una viva simpatía. Las judías, en cambio, me gustaban mucho. Yo era joven entonces, y las sirias me precipitaban en un gran trastorno de los sentidos, Sus labios rojos, sus ojos húmedos que brillaban en la sombra, sus largas miradas me penetraban hasta las médulas. Maquilladas y pintadas, oliendo a nardo y a mirra, maceradas en los aromas, su carne es de un sabor raro y delicioso. »

Poncio oyó estas alabanzas con impaciencia.

“Yo no era un hombre que cayera en las

redes de las judías, dijo, y ya que me induces a decirlo, Lamia, yo nunca he aprobado tu incontinencia. Si antaño no te he recalcado bastante que te consideraba muy culpable de haber seducido, en Roma, a la mujer de un consular, es porque tú entonces expiabas duramente tu delito. El matrimonio es sagrado entre los patricios; es una institución sobre la que se apoya Roma. En cuanto a las mujeres esclavas o extranjeras, las relaciones que pueden trabarse con ellas tendrían pocas consecuencias, si el cuerpo no se habituara con ello a una vergonzosa molicie. Permite que te diga que has sacrificado demasiado a la Venus de las encrucijadas; y lo que yo te reprocho sobre todo, Lamia, es que no te hayas casado según la ley y que no hayas dado hijos a la República, como todo buen ciudadano debe hacer. »

Pero el exilado de Tiberio ya no escuchaba al viejo magistrado. Habiendo vaciado su copa de falerno, sonreía a alguna imagen invisible.

Después de un momento de silencio, prosiguió en voz muy baja, que se elevó poco a poco:

"¡Danzan con tanta languidez, las mujeres de Siria! Conocí a una judía de Jerusalén

que, en un cuchitril, a la lumbre de una pequeña lámpara humeante, sobre una alfombra miserable, danzaba levantando sus brazos para chocar sus címbalos. Con los riñones arqueados, la cabeza volcada y como arrastrada por el peso de sus largos cabellos rojos, los ojos anegados de voluptuosidad, ardiente y languideciente, sumisa, habría hecho palidecer de envidia a la misma Cleopatra. Me gustaban sus danzas bárbaras, su canto un poco ronco y sin embargo tan dulce, su olor a incienso, el duermevela en que parecía vivir. Yo la seguía por doquier. Me mezclaba con el mundo vil de los soldados, los saltimbanquis y los publicanos que la rodeaban. Desapareció un día, y no la volví a ver más. La busqué largo tiempo por las callejuelas sospechosas y por las tabernas. Era más penoso deshabituarse a ella que al vino griego. Después de algunos meses desde que la había perdido, supe, por azar, que se había unido a una pequeña pandilla de hombres y mujeres que seguían a un joven taumaturgo galileo. Se hacía llamar Jesús el Nazareno, y fue puesto en la cruz por no sé qué crimen. Poncio, ¿te acuerdas de ese hombre?

Poncio Pilato frunció el ceño y se llevó la mano a la frente como quien busca en su

memoria. Luego, después de unos instantes de silencio:

"¿Jesús? murmuró, ¿Jesús el Nazareno? No me acuerdo. »